

Cenizas de medianoche



Cenizas de medianoche

Lara Adrian

Traducción de Violeta Lambert



Al fénix que vive dentro de todos nosotros:
fuerte, glorioso, indestructible.

BERLÍN, ALEMANIA

Capítulo uno

El vampiro no tenía ni idea de que la muerte lo esperaba en la oscuridad.

Sus sentidos estaban sobrecargados de necesidad, sus manos y brazos ocupados con una mujer pelirroja que lo manoseaba con una lujuria apenas contenida. Demasiado caliente como para notar que no estaban solos en su dormitorio del Refugio Oscuro, abrió las puertas dobles talladas y guio a su ansiosa y jadeante presa hacia el interior. La mujer se tambaleó sobre un par de tacones altos, riéndose mientras se retorció para apartarse de él y movía un dedo delante de su cara.

—Hans, me has dado demasiado champán —dijo arrastrando las palabras, tropezando en la habitación a oscuras—. La cabeza me da vueltas.

—Se te pasará. —Las palabras del vampiro alemán eran lentas, demasiado, aunque no por el alcohol que había embriagado a su desprevenida compañera americana. Los colmillos sin duda llenaban su boca, y la saliva inundaba su lengua anticipando el alimento.

Él la seguía con movimientos deliberados mientras cerraba la puerta tras él y la rondaba. Sus ojos brillaban como brasas, con su color natural transformado en un color de otro mundo. Aunque la mujer parecía totalmente ajena al cambio que se había operado en él, el vampiro mantuvo la cabeza baja al acercarse, procurando ocultar el revelador calor de su mirada sedienta de sangre. Excepto por ese oculto brillo ámbar y el tenue resplandor de las estrellas al otro lado de las altas ventanas que daban a los terrenos privados de la finca del Refugio Oscuro, no había luz en la habitación. Sin embargo, siendo de la estirpe, él podía ver suficiente sin ella.

Y quien había venido a matarlo también.

Envuelta en sombras al otro lado de la gran habitación, una oscura mirada observaba al vampiro mientras este agarraba a su huésped por detrás y se ponía en acción. El primer aroma cobre y picante de la vena humana perforada hizo que los colmillos del observador emergieran de sus encías como una respuesta refleja. Él estaba también hambriento, más de lo que quería reconocer, pero había acudido allí con un propósito mayor que el de cubrir sus propias necesidades básicas.

Había venido por venganza.

Por justicia.

Fue esa la misión primordial que sostuvo a Andreas Reichen firmemente sobre sus pies mientras el otro vampiro bebía con glotonería y ciegamente al otro lado de la habitación. Esperó, con paciencia, solo porque sabía que la muerte de aquel macho lo llevaría un paso más cerca del pleno cumplimiento de la promesa que había hecho doce semanas atrás... la noche en que su mundo se había desintegrado en un montón de cenizas y escombros.

La contención de Reichen estaba sujeta por una cadena raída. En su interior, se agitaba con el calor de su ira. Sus huesos eran como barras de hierro caliente debajo de su piel. Su sangre corría a través de su cuerpo, fuego líquido que lo quemaba desde el cuero cabelludo hasta los tobillos. Cada músculo y cada célula dentro de él gritaban pidiendo castigo... lo exigían con una furia que se asemejaba a un reactor nuclear.

«Aquí no —se advirtió a sí mismo—. No así.»

El precio sería excesivo si se dejaba llevar por la medida de su rabia, y por Dios, ese hijo de puta no lo merecía.

Reichen mantuvo a raya esa parte explosiva, pero el esfuerzo llegó una fracción de segundo demasiado tarde. El fuego ya estaba creciendo en su interior, ardiendo a través de la frágil cadena de su autocontrol...

El otro vampiro levantó de golpe la cabeza, dejando de alimentarse del cuello de la mujer. Inspiró profundamente por la nariz, y luego gruñó, con un sonido animal y alarmado.

—Aquí dentro hay alguien.

—¿Qué dices? —murmuró ella, todavía mareada por el mordisco mientras él le sellaba la herida con la lengua y luego

la empujaba a un lado. Ella avanzó estupefacta hacia delante, murmurando enfadada un par de juramentos por lo bajo. En el instante en que su mirada lenta reparó en Reichen un grito desgarrado salió de su garganta.

—¡Oh, Dios mío!

Sintiendo sus ojos ardientes por el fuego ámbar de su rabia y sus colmillos desgarrando sus encías preparados para la inminente lucha, Reichen avanzó un paso fuera de las sombras.

La mujer gritó de nuevo, y la histeria aumentaba en sus ojos salvajes y aterrorizados. Miró a su compañero en busca de protección, pero el vampiro ya no la necesitaba. Le dio un cruel manotazo para apartarla de su camino y avanzó hacia delante. El golpe la hizo caer rápidamente al suelo.

—¡Hans! —gritó—. ¡Oh, Dios!, ¿qué pasa aquí?

Silbando, el vampiro plantó cara al inesperado intruso y se acuclilló en posición de ataque. Reichen apenas tuvo un momento para dirigir una mirada rápida a la confundida y aterrorizada mujer.

—Vete de aquí. —Envío una orden mental que quitó el cerrojo a las puertas de la habitación y las abrió de golpe—. Vete, mujer. ¡Ahora!

Mientras ella se levantaba del pulido mármol donde había caído y escapaba de la habitación, el vampiro del Refugio Oscuro dio un salto en el aire con un único y fluido arco de movimiento. Antes de que sus pies tocaran el suelo, Reichen saltó también hacia el bastardo.

Sus cuerpos chocaron, la explosión de Reichen lo impulsó hacia delante propulsándolos a los dos a través del ancho de la habitación. Sus enormes colmillos rechinaban, los feroces ojos color ámbar se clavaban en el adversario con la más despiadada maldad, y chocaron el uno con el otro como una bola de demolición contra la pared más lejana.

Los huesos crujieron con el impacto, pero no era suficiente para Reichen.

Estaba muy lejos de ser suficiente.

Arrojó al suelo a aquel macho de la estirpe furioso y luchador y lo dejó clavado allí, con una rodilla sobre su garganta.

—¡Idiota ignorante! —rugió el vampiro, despreciando con arrogancia su dolor—. ¿Tienes alguna idea de quién soy?

—Sé quien eres... el agente de las fuerzas de la ley Hans Friedrich Waldemar. —Reichen mostró sus dientes y colmillos en una sonrisa irreverente mientras lo miraba desde arriba—. No me digas que tú has olvidado quién soy yo.

No, no lo había olvidado. El reconocimiento se abrió paso a través del dolor y el miedo en las estrechas pupilas de Waldemar.

—Hijo de puta... Andreas Reichen.

—Eso es. —Reichen sostuvo una mirada de una furia tan letal que hasta debía de arderle—. ¿Qué es lo que ocurre, agente Waldemar? Pareces sorprendido de verme.

—No... no lo entiendo. El ataque en el Refugio Oscuro el verano pasado... —El vampiro aspiró, entrecortando la respiración—. Había oído que no sobrevivió nadie.

—Casi nadie —lo corrigió Reichen con tensión.

Y ahora Waldemar sabía por qué había recibido esa visita inesperada. La mirada del otro macho captó de modo inconfundible la lóbrega comprensión. Y el miedo crudo. Cuando habló de nuevo, su voz tembló un poco—. Yo no tuve nada que ver con eso, Andreas. Debes creerme...

Reichen resopló.

—Eso es lo mismo que dijeron los otros.

Waldemar comenzó a retorcerse, pero Reichen apretó con más fuerza la rodilla que tenía clavada contra la garganta del vampiro. Waldemar resolló, tratando de levantar las manos mientras el peso comenzaba a impedirle el paso del aire.

—Por favor, dime lo que quieres de mí.

—Justicia.

Sin ningún tipo de satisfacción ni remordimiento, Reichen agarró la cabeza de Waldemar entre sus manos y le dio un tirón feroz. El cuello hizo un chasquido, y luego la cabeza del macho de la estirpe cayó hacia atrás contra el suelo dando un pesado golpe.

Reichen soltó un profundo suspiro que de poco sirvió para purgar su angustia, o el dolor que sentía por estar vivo y solo. El único superviviente. Él último de su linaje familiar.

Mientras se levantaba y se preparaba para dejar atrás ese último cadáver, el brillo de vidrio pulido en una de las estanterías caoba de la habitación captó su atención. Caminó hacia allí, moviéndose de manera automática, con la mirada fija en el

rostro del enemigo que lo contemplaba desde la fotografía que había en el interior del marco plateado. Agarró la imagen y la examinó, con los dedos calientes al apretar el metal del marco. Los ojos de Reichen ardían mientras observaba aquel rostro odiado, un gruñido se enroscó en su garganta, crudo por la rabia todavía ardiente y visceral.

Wilhelm Roth estaba de pie entre un pequeño grupo de machos de la estirpe que llevaban el atuendo ceremonial de las fuerzas de la ley. Todos ellos iban engalanados con esmoquin negro y camisa blanca almidonada, y sus pechos adornados con bandas de seda brillantes y medallas que colgaban relucientes, con estoques dorados a los lados. Reichen resopló ante el aire engreído y la arrogancia hambrienta de poder que había grabada en esos rostros sonrientes y petulantes.

Ahora eran hombres muertos... todos menos uno.

Había dejado a Roth para el final, tras haber seguido meticulosamente su cadena de mando. Primero, los miembros de la cuadrilla letal de la Agencia que había tendido una emboscada en su hogar de los Refugios Oscuros y había disparado contra todo lo que estuviera vivo, incluyendo las mujeres y hasta los niños dormidos en sus cunas. Su próximo blanco fueron los compinches de las fuerzas de la ley que no mantenían en secreto su lealtad con el poderoso líder de los Refugios Oscuros responsable de ordenar la matanza.

Uno por uno, durante las pasadas semanas, los culpables habían hallado su fin. El vampiro que yacía muerto y roto en el suelo era el último miembro conocido del círculo corrupto de Wilhelm Roth en Alemania.

Con lo cual, solo quedaba el propio Roth.

El bastardo ardería por todo lo que había hecho.

Pero primero tendría que sufrir.

La mirada de Reichen volvió a dirigirse a la fotografía del marco y sus manos se quedaron heladas allí. En un primer vistazo no había reparado en la mujer. Toda su atención, toda su furia, había estado centrada únicamente en Roth. Ahora que la había encontrado a ella, no podía apartar la vista.

«Claire.»

Estaba de pie a un lado del grupo de los hombres de la estirpe, pequeña pero majestuosa con un vestido sin mangas de

un gris fantasmal que lograba que su piel, ligeramente bronceada, pareciera tan suave y exuberante como el satén. Su sedoso cabello negro estaba cuidadosamente recogido en un moño, sin un solo mechón fuera de sitio.

El tiempo no la había hecho envejecer ni siquiera un año desde que él la conocía... no era extraño, ya que se conservaba joven y fuerte gracias al lazo de sangre que compartía con el compañero escogido desde hacía unos treinta años. Ella miraba a Wilhelm Roth y a sus amigos criminales sonriendo con una expresión perfectamente adiestrada y perfectamente indescifrable.

La perfecta compañera del vampiro que había demostrado ser el más traicionero adversario de Reichen.

«Claire.

Después de todo este tiempo.

Mi Claire», pensó él con gravedad.

No, no era suya.

Lo fue una vez, quizá. Mucho tiempo atrás, y por unos pocos meses. Un período de tiempo muy breve.

Una historia antigua.

Reichen contemplaba la imagen de ella detrás del cristal con marco plateado, sorprendido de la facilidad con que su furia por Wilhelm Roth podía extenderse a la compañera de sangre del vampiro. La dulce y adorable Claire... unida a su más odiado enemigo. ¿Estaba ella al tanto de la corrupción de Roth? ¿Acaso la aprobaba?

Eso apenas importaba.

Él tenía una misión que cumplir. Una justicia que reclamar. Una mortal venganza que atender.

Y nada se interpondría en su camino... ni siquiera ella.

La mirada de Reichen se echó encima de la fotografía, ardiendo con la luz ámbar que le devolvía el reflejo desde la superficie del vidrio. Los dedos le quemaban allí donde su piel entraba en contacto con el metal del marco. Trató de enfriar la tormenta ácida que se arremolinaba en su interior, pero era demasiado tarde para pretender ni siquiera una pequeña medida de calma. Con un rugido, lanzó al suelo la fotografía y se apartó de ella. Caminó hasta una de las altas ventanas y abrió los cristales con una orden de su voluntad, consciente de que no

podía confiar en su tacto ahora que su ira estaba tan cerca de dominarlo.

Reichen se puso en cuclillas sobre el alféizar, mientras oía los escupitajos y el chisporroteo de la plata derretida y el cristal roto a medida que el marco de la fotografía ardía en llamas detrás de él.

Luego saltó para adentrarse en la espesa noche otoñal con la intención de acabar lo que Wilhelm Roth había empezado.

Capítulo dos

Claire Roth frunció los labios con actitud reflexiva mientras contemplaba el plano de arquitecto extendido sobre la mesa de su biblioteca.

—¿Qué te parecería apartar el banco del camino de paseo y acercarlo al estanque de las carpas, justo al otro lado de la cabaña de rosas?

—Una idea excelente —dijo una alegre voz femenina a través del teléfono de manos libres que había cerca. La joven procedía de uno de los Refugios Oscuros de la región. Claire había visto algunos de sus trabajos en otros lugares de la comunidad de vampiros y llevaba una semana con ella, consultándole en privado el diseño de un pequeño parque jardín.

—¿Ha decidido los materiales para las pasarelas, *Frau* Roth? Creo que al principio mencionó adoquines o piedras alisadas...

—¿En lugar de eso no sería posible conservar los senderos naturales? —preguntó ella trasladándose al otro lado de la mesa, mirando detenidamente el resto del modelo a escala—. Estoy pensando en caminos de tierra blanda adornados con algo sencillo y a la vez atractivo. ¿Flores de nomeolvides, por ejemplo?

—Desde luego. Puede quedar precioso.

—Bien —dijo Claire, sonriendo mientras consideraba el cambio—. Gracias, Martina. Has hecho un trabajo maravilloso. De verdad, no podría estar más contenta de comprobar cómo has cogido las ideas dispersas que habíamos planteado y las has llevado mucho más lejos de lo que imaginaba.

La voz de la joven compañera de sangre al otro lado de la línea sonó aún más alegre.

—El parque va a quedar precioso, *Frau* Roth. Es evidente cuánto tiempo y cuidado ha invertido en su visión de cómo le gustaría que fuera.

Claire registró rápidamente el cumplido, sintiéndose más que orgullosa, aliviada. Quería que aquel pedazo de tierra vacía se transformara en algo bello. Quería que fuera perfecto. Pretendía que cada planta, cada escultura cuidadosamente colocada, los bancos y los caminos de paseo fueran lugares de una paz y tranquilidad absolutas. Un santuario hecho para inspirar la mente, el corazón y el alma. Ella no era de las que levantan la antorcha por una causa —o hacía mucho tiempo que ya no lo era, en todo caso—, pero tenía que reconocer que aquel proyecto se había convertido en algo cercano a una obsesión para ella.

—Necesito que salga bien —murmuró, pestañeando porque los ojos de repente se le nublaron. Estaba demasiado sensible últimamente, y agradeció que no hubiera nadie en la biblioteca para ver su debilidad.

—No se preocupe —la calmó la alegre voz de Martina—. Estoy segura de que le va a encantar.

Claire tragó saliva al ser pillada desprevenida.

—¿Cómo?

—*Herr* Roth —respondió la joven compañera de sangre. Un silencio incómodo se alargó durante unos momentos—. Lo siento... si estoy siendo entrometida. Me pidió que mantuviera en secreto el jardín y el diseño, así que supuse que quería que fuera un regalo para él.

¿Un regalo para Wilhelm? Claire tuvo que esforzarse para disimular su reacción de perplejidad ante aquella idea. Llevaba medio año sin ver a su compañero. Él venía al campo solo porque su sangre lo obligaba a hacerlo. Claire había llegado a tener pavor de esas visitas, que tenían lugar para que su compañero se alimentara de sus venas y ella tomara su sangre en un intercambio. Wilhelm apenas fingía ver de otra manera su frío acuerdo obligatorio. Habían vivido discretamente separados durante las tres décadas que llevaban como pareja: él en su mansión de los Refugios Oscuros de la ciudad, ella y algunos empleados de seguridad en aquella casa de campo a un par de horas de distancia.

No, el jardín no era ningún regalo para su compañero crónicamente ausente. De hecho, ella estaba segura de que se pondría furioso si averiguaba que había asumido el proyecto por su cuenta. Por fortuna para ella, Wilhelm Roth ya llevaba mucho tiempo sin mostrar interés en nada de lo que pensara o sintiera o hiciera. Estaba más que satisfecho dejando que ella cumpliera con sus variadas actividades filantrópicas y sociales; sus negocios con las fuerzas de la ley eran lo único que le importaba, sobre todo últimamente. Esa era su obsesión, y en un callado rincón de su corazón, Claire estaba encantada con su soledad. Especialmente las últimas y difíciles semanas.

Martina dejó escapar un pequeño suspiro por el altavoz.

—Por favor, *Frau Roth...*, perdóneme si me he excedido de mis límites de alguna manera.

—En absoluto —le aseguró Claire. Antes de que pudiera ofrecerle a Martina una agradable mentira acerca de sus motivaciones para la construcción del parque o explicarle su distanciamiento del hombre de la estirpe a quien apenas veía, sonó un fuerte golpe en la puerta de la biblioteca—. Te doy de nuevo las gracias por el precioso diseño, Martina. Si tienes otras preguntas antes de que prosigamos con el proyecto, házmelo saber.

—Por supuesto. Buenas noches, *Frau Roth*.

Claire cortó la llamada, luego salió de la habitación. Cerró la puerta tras ella, sintiendo todavía la necesidad de proteger su cometido secreto y no viendo ninguna razón para provocar preguntas de los leales sabuesos de Wilhelm. Pero ahora que se hallaba sola ante uno de los seis agentes de seguridad asignados para vigilarla a ella y a la propiedad que ella ocupaba, se dio cuenta de que su pequeño proyecto era la menor de las preocupaciones concernientes a su seguridad. El guardia parecía agitado, inusualmente nervioso.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Necesito que venga conmigo, *Frau Roth*.

—¿De qué se trata? —Se dio cuenta de que el enorme hombre estaba asustado y parecía preocupado. Considerando que era un macho de la estirpe, y que además de tener colmillos llevaba armas de fuego y traje de combate, para que algo lo asustara no podía ser poca cosa. Algo iba terriblemente mal.

El aparato que llevaba sujeto a su chaleco a prueba de balas emitía una luz intermitente y se oían fragmentos de una conversación entre otros agentes de la casa de campo.

—Tenemos que evacuar este lugar inmediatamente. Por aquí, por favor.

—¿Evacuarlo? ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Me temo que no hay tiempo que perder. —El aparato emitió más ruido de electricidad. Al fondo más voces seguían discutiendo órdenes—. Ya tenemos preparado un vehículo para usted. Por favor, debe venir conmigo.

Él se dispuso a cogerla del brazo, pero Claire se puso fuera de su alcance.

—No lo entiendo. ¿Por qué tengo que irme? Exijo que me expliques lo que está pasando.

—Hemos tenido un incidente en el Refugio Oscuro de Hamburgo...

—¿Un incidente?

El guardia no entró en detalles, simplemente se apresuró a responderle.

—Como modo de precaución, estamos desalojando el lugar y vamos a llevarla a otro sitio. Una casa segura en Mecklenburg.

—Espera un momento... no tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Qué ha ocurrido en Hamburgo? ¿Por qué tengo que ser trasladada a un lugar seguro? ¿Qué significa todo esto exactamente?

El guardia la miró con impaciencia mientras comunicaba su posición ladrando a través del aparato.

—Sí, estoy ahora con ella. Trae los vehículos a la puerta principal y prepáralos para partir. Vamos hacia allí.

Hizo otro intento de agarrarla y a Claire se le acabó la paciencia.

—¡Maldita sea, háblame! ¿Qué demonios está pasando? ¿Y dónde está Wilhelm? Llámalo por teléfono. Quiero hablar con él antes de permitir que me saquéis de mi propia casa sin apenas explicaciones.

—El director Roth lleva desde julio fuera del país —le dijo el agente. Su estudiada expresión parecía sugerir que no advertía la incomodidad de ella ante el hecho de que un simple guar-

dia supiera más detalles que ella acerca del paradero de su compañero. Se aclaró la garganta—. Estamos intentando contactar con el director para informarle del ataque...

—Ataque —respondió Claire, olvidando su incomodidad mientras la piel se le ponía fría y tirante—. Dios santo. ¿Alguien ha sido atacado en el Refugio Oscuro? ¿Ha habido algún herido?

El guardia la miró fijamente durante un momento que a ella le pareció interminable, hasta que finalmente murmuró una blasfemia y le soltó los detalles dejando salir las palabras en un tono carente de matices.

—El Refugio Oscuro de Hamburgo fue asaltado hace menos de una hora. Acabamos de recibir la llamada del único guardia que logró escapar —explicó—. Ha sido una aniquilación total. Todos los que estaban esta noche en la mansión han sido asesinados.

—Oh, no —susurró Claire, buscando apoyo en las puertas cerradas de la biblioteca—. No lo entiendo. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

El guardia negó con la cabeza.

—No tenemos claro cuántos atacantes estaban involucrados, pero el agente que ha sobrevivido dice que el asalto no se parece a nada de lo que ha visto antes: había fuego por todas partes, como si el mismísimo infierno hubiera abierto sus puertas e irrumpido en el lugar. No quedan nada más que cenizas.

Claire se quedó de pie, afectada y sin palabras, tratando de asimilar todo lo que estaba oyendo. Era imposible... increíble. Simplemente no tenía sentido. Dios, cuántas cosas de las que habían pasado últimamente no tenían ningún sentido.

Cuánta violencia gratuita.

Cuántas muertes sin sentido.

Cuánto dolor y pérdida...

—No podemos demorarnos —dijo ahora el guardia—. Tenemos que evacuarla antes de que este lugar sea también el blanco de un ataque.

—¿De verdad crees que quien lo haya hecho vendrá también aquí? ¿Por qué?

Esta vez el guardia no se detuvo a decirle nada más. La aga-

rró con fuerza del brazo y comenzó a caminar rápidamente. El mensaje que transmitía con sus pasos veloces estaba bastante claro: o ella se apresuraba a salir de allí con él o él la sacaría a rastras. De cualquier forma, tendría que salir de aquel lugar y lo haría bajo la vigilancia de aquel hombre de rostro serio pesadamente armado.

No podía detenerse a buscar un abrigo o su bolso. Escapó con el guardia, saliendo de la casa para adentrarse en la helada tarde de finales de octubre. La fría brisa de otoño se colaba a través de los hilos de su suéter de cachemir y sus pantalones grises de lana mientras avanzaba junto al guardia por el camino pavimentado, y las suelas de sus mocasines de ante dejaban marcas en su esfuerzo por seguir los pasos largos del guardia que la arrastraba del brazo.

La condujo hasta un Mercedes que tenía las puertas traseras abiertas y se hallaba en el centro de un grupo que completaban otros cuatro vehículos.

—Suba —le ordenó el guardia, y con suavidad pero también firmeza la hizo entrar delante de él.

Cuando se sentó a su lado en el asiento de piel que había junto a ella y cerró la puerta, Claire trató de ahuyentar el escalofrío que parecía surgir del interior de su cuerpo y no de una causa exterior. Todo estaba sucediendo tan rápido. Ella todavía estaba tratando de asimilar la terrible noticia del ataque en el Refugio Oscuro de Hamburgo, por no hablar del hecho de que hacía apenas unos minutos su mayor preocupación era el lugar correcto donde ubicar un banco del jardín o un parterre. Ahora, los familiares y los guardias de seguridad de Wilhelm que residían en el Refugio Oscuro estaban muertos y ella había sido sacada de su casa en mitad de la noche, huyendo de un mal desconocido e incomprensible.

—¿Por qué?

La pregunta gemía en su mente. Era lo mismo que se había estado preguntando a sí misma tres meses atrás, cuando otro Refugio Oscuro había sido víctima de una tragedia... una tragedia que también había dejado tan solo una estela de humo y cenizas a su paso. Pero aquello había sido un accidente, de acuerdo con la investigación de las fuerzas de la ley. Una monstruosa explosión tan fiera y total que probablemente ha-

bría matado a todos los residentes del Refugio Oscuro instantáneamente.

Y la pregunta todavía la obsesionaba, tan dolorosamente como la primera vez que oyó la espantosa noticia...

«¿Por qué?»

—Nos ponemos en marcha —dijo el guardia sentado detrás del volante, dirigiéndose por la radio a los otros vehículos. Pisó el acelerador y, como una serpiente veloz, la flota de coches negros comenzó a avanzar rápidamente por el largo camino que se adentraba en el bosque.

Claire se echó hacia atrás, tratando de no sentir la ansiedad que flotaba en el aire rancio del interior del coche. El bosque a su alrededor parecía más oscuro de lo habitual, tan extrañamente quieto. Encima de su cabeza, la débil luz de la luna estaba manchada por las densas agujas de las cimas de los altísimos pinos. El vehículo que llevaba la delantera llegó a la primera curva en el camino privado de casi un kilómetro y medio de largo. Aceleraron en la recta, con todos los coches dando sacudidas, cada vez más veloces hasta llegar a la carretera principal.

No hubo advertencia del asalto que en el instante siguiente golpeó el coche que llevaba la delantera.

De un oscuro rincón del bosque salió una bola ciega de fuego naranja. Chocó contra el primer Mercedes de la fila, haciendo explotar el coche con el impacto. Claire chilló, sintiendo el sonido vibrante del estallido hasta en la suela de los pies.

—¿Qué demonios es eso? —gritó el guardia que iba en el asiento junto a ella—. ¡Dios santo, dale a los frenos!

Las luces traseras rojas brillaban delante de ellos, y lo único que pudo hacer el conductor fue poner todo su empeño en evitar chocar contra el otro sedán que derrapó al dar un frenazo. Como un tren de juguete que de pronto se descarrila, la caravana de vehículos se deshizo y toda la hilera quedó torcida y rota.

Y allí delante, el primer coche fue devorado por las llamas que se alzaban hacia el cielo negro.

Justo entonces, otra pelota de fuego fue lanzada desde el bosque. Voló a toda velocidad, como un cometa brillante que dibuja un arco, planeando directamente hacia los coches detenidos. Y enseguida otro orbe de llamas salió rápidamente en su

estela, ambas amenazas aéreas eran imponentes con su terrible y abrasadora belleza.

El guardia sentado junto a Claire se inclinó hacia delante, clavando los dedos en el reposacabezas del asiento que tenía frente a él.

—Retrocede... rápido, ¡maldita sea! —gritó al traumatizado conductor—. ¡Da marcha atrás y sácanos de aquí!

Los neumáticos chirriaron, y el vehículo dio una sacudida al retroceder violentamente. Mientras el coche daba la vuelta en el estrecho camino pavimentado y el parachoques golpeaba contra el vehículo que había detrás de ellos, provocando el pánico del conductor, Claire observó que los guardias de los dos coches que quedaban abrían las puertas para tratar de escapar a pie. Uno de ellos logró llegar a salvo al bosque.

El otro salió un par de segundos tarde. La primera bola de fuego se estrelló contra el capó de su coche, destruyendo completamente tanto al hombre como al metal, con un escalofriante bramido de desechos que volaban y se retorcían.

Claire gritó, apartando la vista de la carnicería justo cuando la segunda bola de fuego caía sobre el coche vacío que tenían delante de ellos en la carretera. La atronadora explosión sacudió la tierra y ocasionó un profundo y humeante cráter en el suelo.

El guardia que estaba al lado de ella se santiguó y luego dio un puñetazo al respaldo del asiento del conductor soltando un insulto.

—¡Vamos, imbécil! ¡Pisa el acelerador! ¡Sácanos de aquí! Demasiado tarde.

Como salida de la nada, como salida del cielo mismo, apareció otra feroz esfera de calor. La bola de fuego pasó por encima del parabrisas, con un brillo tan intenso que llenó el interior del vehículo con una luz blanca, caliente y cegadora. Fuera lo que fuese, parecía estar cargada con el poder de diez soles, con tanta electricidad como un relámpago luminoso, concentrado dentro de un orbe del tamaño de una pelota de jugar a los bolos. Todo el vello de los brazos de Claire y de la nuca se le puso de punta mientras esa cosa chocaba contra el suelo a menos de un metro del capó del coche.

Otra bola de fuego cayó tras ellos, empujando a Claire y a sus

dos compañeros hacia delante en sus asientos. La cabeza del conductor se dio un golpe contra el volante haciendo un sonido escalofriante. El *airbag* estalló con el impacto, disparando el sistema de seguridad del coche. En medio del rugido de la alarma y de la ráfaga de humo químico del *airbag* desplegado, Claire sintió también el rastro de un aroma de sangre. Se limpió la frente y tragó saliva al ver sus dedos con manchas de color carmesí.

Mierda.

Nunca era una buena cosa sangrar delante de vampiros, ni siquiera delante de los vampiros disciplinados de las fuerzas de la ley entrenados y dedicados al servicio de su poderoso e implacable compañero. Aunque en realidad no es que esperara vivir lo suficiente aquella noche como para preocuparse de la potencial sed de sangre de sus guardias. No parecía probable que ella ni nadie sobreviviera en los próximos minutos.

—Corre —gruñó el que tenía detrás de ella. Sostenía un revólver en cada mano. Sus pupilas estaban contraídas en dos hendiduras verticales en el centro de sus iris de color ámbar que miraban con rabia la manija de la puerta que había junto a ella. La puerta se abrió con la fuerza de su mente de la estirpe—. Corre todo lo que puedas. Es tu única esperanza.

Claire salió a trompicones y se tambaleó en el suelo torpemente. Tenía las piernas débiles y le temblaban. Le zumbaba la cabeza y el corazón le martilleaba en el pecho. Oyó el rugido del guardia que salía del vehículo por el otro lado dispuesto a defenderse de la agresión, por donde fuera que viniera.

Claire se movió a la deriva hacia las altas sombras negras del bosque mientras el caos continuaba a su alrededor. Una pareja de guardias pasó corriendo a su lado, arrastrando sus armas, como si no pudieran tenerse en pie y defenderse contra el infierno que se había desatado aquella noche. Ella no era capaz de imaginar qué tipo de arma tenía el poder de emprender una ofensiva tan brutal. Claire lanzó una mirada aterrorizada por encima del hombro mientras se dirigía hacia el bosque.

Cualesquiera que fuesen las fuerzas del atacante, se estaban acercando. Detrás de ella, el brillo sobrenatural del bosque se hacía cada vez más potente, señalando su progreso. Ella caminó más despacio mientras la luz naranja emergía a través de los árboles como rayos infernales en medio de la más fría oscuridad.

Claire miraba fijamente, transfigurada, incapaz de apartar la vista de aquel lugar donde probablemente encontraría su muerte.

Una silueta comenzó a cobrar forma.

No era un ejército, sino un único hombre.

Un hombre cuyo ser entero estaba prendido en llamas.

Por un instante, un discordante e ilusorio instante, Claire creyó reconocer el ancho perfil de sus hombros, la fluida arrogancia de sus pasos. Era imposible, por supuesto. Sin embargo, un atisbo de familiaridad se encendió en el fondo de su mente. ¿Podía conocerlo de algo?

Pero aquello no era un hombre, desde luego no era un hombre que conociera o hubiera conocido nunca. Esa criatura era una especie de pesadilla.

Era la encarnación de la muerte.

El ruido de una pistola disparando sobresaltó a Claire y la hizo dirigir su atención hacia el grupo de agentes de la ley que estaban reunidos cerca. Se oyó otro disparo, y luego otro y otro, hasta que el aire se llenó completamente con el ruido atronador. Como si sirviera de algo.

El hombre en llamas continuó caminando, como si nada. Las balas reventaban como petardos al acercarse a él, explotando sin causar daño alguno en el instante en que topaban con la pared de calor que rodeaba su cuerpo.

Cuando se agotó el último proyectil, él se detuvo.

Levantó las manos al frente, pero no era un gesto de rendición. Sin que tuvieran ni un segundo para prepararse, lanzó una descarga de fuego contra los guardias. Claire no pudo reprimir el grito de horror mientras las llamas los engullían, incinerándolos en aquel mismo lugar.

Reconoció el instante en que el hombre reparaba en ella. Sintió el calor de sus ojos clavándose en ella a través de la distancia, y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se tensaron por el miedo.

—¡Oh, no! —susurró, dando unos pasos atrás con torpeza.

El hombre en llamas dio un paso en su dirección, con toda su terrible furia centrada ahora en ella.

Claire salió huyendo, sin atreverse a mirar atrás mientras se sumergía en el bosque y corría con todas sus fuerzas.

Capítulo tres

Caminó sin inmutarse a través de las cenizas ardientes y el pavimento en ruinas. Sus botas hacían crujir los cristales rotos y los pedazos de metal, y pisaban los charcos del aceite derramado, en llamas, y los restos humeantes que quedaban de los machos de la estirpe que le habían disparado con sus irrisorias armas.

Sus balas no lo habían detenido.

Nada podía detenerlo, no cuando estaba así.

El suelo crepitó bajo las pesadas suelas de sus botas: no por los restos aniquilados, sino por el calor que todavía circulaba a través de sus miembros, un chisporroteo eléctrico que viajaba por cada centímetro de su cuerpo en oleadas de pulsaciones de energía pura y vital.

Había dejado que su furia se descontrolara aquella noche; lo sabía. Entendía perfectamente lo importante que era contener el fuego que había en su interior, pero el odio que sentía hacia Wilhelm Roth le había impedido ser cuidadoso... primero en la ciudad, y luego allí. El ansia por completar su venganza lo había empujado un paso más allá del abismo y ahora estaba cayendo, cayendo...

Cayendo, justo cuando la justicia estaba tan al alcance de su mano.

Roth no había estado en su Refugio Oscuro de Hamburgo. Y tampoco había estado entre los muertos que habían tratado de huir del territorio aquella noche. Con la visión inundada de un rojo fuego, Reichen lanzó una mirada despiadada sobre los escombros. No pudo ver la señal del bastardo.

Pero la compañera de Roth estaba allí.

Ella sabría dónde encontrarle. Y si sus labios rechazaban decírselo, su sangre pronto se lo diría.

«Claire.»

Su nombre titiló como si hubiera en su mente un cortocircuito, débilmente, oscuramente, solo para ser devorado con la rabia que se apoderó de él. Ahora, para él, ella no era nadie que hubiera conocido nunca. No era nadie que hubiera sostenido en sus brazos. Nadie que hubiera amado nunca.

En aquel preciso momento, lo único que su furia sabía es que ella era la mujer que pertenecía a Wilhelm Roth.

Y eso la convertía en enemiga, tan enemiga como el propio Roth.

Caminó hasta el límite del bosque por donde había huido la compañera de sangre. Vagamente, registró el aroma de piñas derretidas y hojas quemadas al adentrarse en un denso grupo de árboles. Ramas que colgaban a escasa altura

Sabía exactamente hacia dónde había huido la mujer. Podía oír el rápido jadeo de su respiración cada vez más cerca a medida que se adentraba en el bosque. Estaba asustada, el aroma de su terror añadía a su sangre una nota fresca que el humo a la deriva no lograba ocultar.

Más adelante, sus pasos se silenciaron. Habría encontrado algún lugar donde esconderse de él... o eso es lo que ella creería. Las botas de Reichen recorrieron un camino certero hacia ella. Con los ojos teñidos de rojo y afilados como un láser, su atención se concentró en una enorme bola de tierra despedazada y las raíces retorcidas y expuestas de un árbol caído. La compañera de sangre de Roth estaba agachada detrás de él.

Reichen oyó los latidos de su corazón golpeando todavía más rápido a medida que se acercaba y la corriente que viajaba por su sangre comenzó a calentar la antigua bola de raíces, el vapor subía desde las profundidades de la oscura mata. En cuestión de minutos todo explotaría. El calor que desprendía era ahora demasiado fuerte y surgía hacia el exterior en olas vibrantes. No sería capaz de detener la inminente explosión, aunque lo intentara.

—Sal de ahí, mujer. —Su voz sonó oxidada y extraña para él. En su garganta tenía el sabor de cenizas secas—. No te queda mucho tiempo. Sal de ahí ahora que todavía puedes.

Ella no le obedeció. Una lejana parte de él no estaba exactamente sorprendido por su testaruda resistencia... podía incluso

llegar a decir que se la esperaba. Pero otra parte de él, la parte que estaba encendida con furia piroquinética y cuya impaciencia resultaba letal, dejó escapar un rugido que hizo temblar la tierra.

La advertencia, pues eso es lo que fue, resultó efectiva.

Captó un destello de movimiento y oyó la rápida ráfaga de pisadas corriendo sobre el suelo cubierto de hojas, justo un instante antes de que las raíces del árbol detonaran. Las chispas salieron lanzadas en todas direcciones, enviando serpentinas de luz naranja por encima de sus cabezas. Reichen vio a la mujer de Roth adentrándose en el bosque a la velocidad de un rayo mientras los escombros ardientes llovían alrededor del cráter que ahora se había abierto sobre el terreno donde había estado escondida.

Dejó escapar un violento juramento y fue tras ella. Claire corría rápido, pero él era todavía más rápido. No tenía adónde escapar. No le llevó mucho tiempo descubrirlo por sí misma. Sus pasos se hicieron más lentos, y al fin se detuvo. Reichen se quedó donde estaba, unos diez pasos más atrás. Las hojas crujieron y se marchitaron por encima de su cabeza, a su alrededor todas las ramas se calcinaban por el calor.

Ella agitó las manos y los puños a los lados, moviendo los pies mientras parecía sopesar las posibilidades de escapar para desestimarlas rápidamente.

—Si vas a matarme ahora, hazlo de una vez.

Su voz sonó tranquila, sin el menor titubeo. Su timbre aterciopelado despertó en él recuerdos dispersos que acudieron a su mente en un aluvión de imágenes: él y esa mujer, desnudos en la cama juntos, enredados entre las sábanas, riendo, besándose. Su profunda mirada marrón danzaba a la luz dorada de las velas mientras él la alimentaba con frambuesas durante un picnic a medianoche junto al lago. Los brazos de ella envolvían su cintura y su mejilla descansaba contra su pecho desnudo mientras le confesaba que se había enamorado de él.

«Claire...»

Tardó un momento antes de poder apartar esos recuerdos del pasado. Se obligó a pensar en un recuerdo más reciente, aquel cuyo sabor todavía podía evocar a través del olor amargo del humo que colgaba en el aire del bosque. Ese que estaba empapado con la sangre de demasiadas víctimas inocentes.

—No he venido a matarte, Claire Roth.

Ella se quedó muy quieta al oírle mencionar su nombre. Reichen miró fijamente la columna que se mantenía rígida frente a él, los delicados hombros cuadrados que no temblaban, desafiantes, mientras la compañera de su enemigo se volvía lentamente hacia él. Sus grandes ojos oscuros le sostuvieron la mirada a través de la distancia. Él percibió un matiz de reconocimiento, pero este fue engullido por el descrédito. Silenciosamente sacudió la cabeza, mirándolo fijamente como si fuera un fantasma, o más bien una especie de monstruo. Él sabía que lo era, especialmente después de aquella noche, pero comprobarlo en otros ojos, en sus ojos, lograba que la ira de su interior resurgiera un poco más fuerte.

—Dime dónde está —exigió Reichen.

Ella no parecía oírlo. Lo miró durante lo que pareció una eternidad, haciéndolo sumergirse en esa mirada entusiasta e inquisitiva. Finalmente, negó lentamente con la cabeza.

—No entiendo cómo puede ser —murmuró.

Avanzó un paso, solo para retroceder un segundo después cuando las hojas ennegrecidas y agujas de pino cayeron en torno a él convirtiéndose en cenizas blancas a sus pies.

—Dios mío..., Andreas. ¿Esto es un sueño? Quiero decir... ¿debo de estar soñando, verdad? Esto no es real. No puede ser...

Las palabras sonaban entrecortadas, débiles, ahogadas en su garganta. A pesar del intenso calor que irradiaba de él, ella levantó la mano como si quisiera tocarlo.

—Creí que estabas muerto, Andreas. Durante los tres meses que han pasado desde que el fuego destruyó tu Refugio Oscuro... creí que estabas muerto.

Reichen rugió ante la amenaza de su contacto. Claire ahogó un grito asustado y retiró el brazo. Se frotó los dedos, que habrían quedado completamente calcinados de llegar a tocarlo, sin duda sintiendo en la piel en alguna medida la comprobación de ese hecho.

Su confusión era evidente. Y también lo era su horror.

—Dios santo, ¿qué te ha ocurrido?

Por supuesto que ella no lo sabía. Él era diferente cuando se conocieron. Por Dios, todo era diferente entonces. El calor que habitaba en él ahora estaba entonces frío y aletargado, ace-

chando en las profundidades sin que fuera ni siquiera consciente... hasta que su infernal poder golpeará y lo atormentará por salir por primera vez treinta años atrás.

Había tenido que recurrir a todas sus fuerzas para sofocar el detestable poder y mantenerlo en su interior. Había transcurrido tanto tiempo desde que el calor se había alzado en él que de hecho fue lo bastante tonto como para pensar que había conseguido doblegarlo. Pero allí estaba, estancado pero ardiendo lentamente. Esperando la más mínima oportunidad para prender en llamas mientras se empeñaba en negar su misma existencia.

Había vivido en una mentira durante las últimas tres décadas, solo para que esta estallara ante sus propios ojos.

Ahora nunca volvería a ser el mismo. Ahora, la traición de Wilhelm Roth había vuelto a despertar su lado monstruoso. Ahora, el dolor y la ira habían traído la terrible habilidad de vuelta a su vida, y el fuego estaba siempre ardiendo en su interior.

Estaba comenzando a controlar su vida.

A destruirlo.

Y por culpa de los actos despiadados de su compañero, Claire estaba ahora viendo la oculta verdad con sus propios ojos.

No, nunca volvería a ser el mismo.

Y no descansaría hasta hallar su venganza.

A través de las llamas, los ojos de Claire buscaron los suyos, en parte con preocupación y en parte con lástima.

—No entiendo qué está pasando, Andre. ¿Por qué estás así? Dime qué te ha ocurrido.

Él odió el tono de preocupación de su voz. No quería oírlo, no de la compañera de Roth.

—Por favor, háblame, Andre.

«Andre.» Solo ella lo llamaba de ese modo. Después de ella, él no había permitido a nadie ese trato tan familiar, tan íntimo. Después de ella, había habido muchas cosas que no se atrevía a permitir, ni a sí mismo ni a los demás.

El sonido de su nombre en los labios de ella le producía un dolor que no había anticipado. Reichen exhibió sus dientes y colmillos con un rugido que pretendió encogerla de miedo, pero ella no cedió en su exigencia de respuestas.

—Quién, Andre..., ¿quién te ha hecho esto?

Él dejó que el fuego de su ira lo inundara, y su voz sonó áspera como gravilla en su garganta.

—El bastardo que envió un escuadrón de la muerte a mi casa para masacrar a mi familia a sangre fría. Wilhelm Roth.

—Imposible —se oyó decir Claire a sí misma, aunque no sabía si se estaba refiriendo a la horrible acusación contra Wilhelm Roth o al hecho de que Andreas Reichen estuviera vivo... vivo y absolutamente letal—. Necesitas ayuda, Andre. Sea lo que sea lo que te haya provocado esto... no importa lo que hayas hecho esta noche... necesitas ayuda.

Él se burló, oscuro y peligroso. Era un sonido animal, en combinación con la expresión feroz de sus ojos. Su ira era evidente, una fuerza tan inmensa que su cuerpo no parecía capaz de contenerla. La mirada de Claire se extendió por encima de él, por encima de las corrientes pulsantes de calor que formaban un círculo en torno a sus miembros y su torso y distorsionaban las facciones de su rostro convirtiéndolo en algo monstruoso e inhumano.

Dios bendito.

Aquel infernal calor era su ira.

—Oh, Andre —susurró ella, con el corazón acongojado, a pesar de la confusión de emociones que la invadía—. Sé que debes de estar muy dolido. Yo me sentí dolida por ti, también, cuando supe lo que había pasado en tu Refugio Oscuro.

—Quince vidas —rugió—. Todos muertos. Incluso los niños.

A Claire le dolió pensarlo, y cerró los ojos.

—Lo sé, Andre. Lo oí, por supuesto. Todo el mundo en la región estaba conmocionado ante las noticias que nos llegaron de Berlín. Fue una tragedia espantosa, inimaginable...

—Fue un terrible baño de sangre —ladró él interrumpiéndola de manera cortante y cruda—. Quince vidas inocentes destrozadas por una orden de Wilhelm Roth. Todos asesinados, recibiendo disparos como perros bajo sus órdenes.

—No, Andre. —Claire negó con la cabeza, confundida. Horrorizada ante el hecho de que él pudiera pensar semejante cosa—. Hubo una explosión. Las investigaciones de las fuerzas de la ley concluyeron que se había producido una ruptura en la tubería maestra del gas. Comprobaron que fue un accidente, Andreas. No sé de dónde has sacado la idea de que Wilhelm...

—Basta —gruñó él—. No puedes proteger a tu compañero con mentiras. Nada puede protegerlo del castigo que merece. Yo los vengaré.

Claire tragó saliva. No era tan inocente como para creer que el honor de Wilhelm Roth no tuviera más de una mancha. Era un hombre frío, distante, pero no cruel. Era un político implacable que no guardaba en secreto sus desmesuradas ambiciones. Pero ¿un asesino? ¿Alguien capaz del tipo de muertes de las que Andreas lo estaba acusando? No, ella no era capaz de resignarse a esa idea.

Por muy difícil que le resultara considerarlo, Claire se preguntó si no sería Andreas, y no Wilhelm, el verdadero monstruo. Solo tenía que mirar más allá de sus anchos hombros para ver el humo y el fuego que todavía salían de la carnicería que había dejado en la carretera. Y había habido más muerte y destrucción en Hamburgo, en el Refugio Oscuro donde vivían Wilhelm Roth, sus familiares y sus empleados.

Muerte y destrucción probablemente no muy distinta a la que estuvo presente en el Refugio Oscuro del propio Andreas tres meses antes. El incendio en Berlín había sido inmenso. La aniquilación despiadada, completa. No había quedado nada de la mansión o de sus habitantes cuando el humo finalmente se había disipado. Las llamas lo habían consumido todo.

«Oh, Dios...»

Claire miraba fijamente a Andreas y algo feo y enfermizo se avivó en su corazón mientras el calor que emanaba en oleadas del cuerpo de Andreas contaminaba el aire a su alrededor. Tal vez existía alguna explicación para lo que había sucedido en su Refugio Oscuro. Tal vez él había tenido algo que ver. ¿Podía haber ocurrido algo que lo hubiera llevado al límite, que hubiera despertado ese lado suyo aterrador?

—Andre, escúchame. —Dio un paso hacia él, con las manos extendidas en un gesto de paz, de calma—. No sé lo que te ha ocurrido, pero quiero ayudarte si puedo.

Él ladró un desagradable insulto. El calor que lo envolvía pareció intensificarse, dejando en el aire un penetrante olor eléctrico.

Claire continuó, esperando ser capaz de atravesar aquella locura que lo tenía atrapado.

—Háblame, por favor. Dime cómo puedo ayudarte y lo superaremos juntos. Yo estoy dispuesta si tú lo estás.

Aunque se esforzó para que su voz sonara sin miedo, no pudo evitar dar un pequeño salto cuando un chisporroteo de luz, tan intenso como un relámpago candente, comenzó a salir de su cuerpo. Gruñó a través de sus dientes y colmillos. Sus pupilas, ya muy finas, se estrecharon aún más hasta convertirse en negras hendiduras verticales en el centro de sus feroces ojos ámbar. Pertenece a la estirpe, era depredador por naturaleza, pero el vampiro que había en él nunca había asustado a Claire. Era esa otra parte suya —ese lado que ella ni siquiera sabía que tenía y que jamás había visto— lo que le helaba la sangre en las venas.

Insegura, horrorizada por todo lo que había ocurrido esa noche y temerosa ante aquel extraño que ella ya no conocía, Claire avanzó otro paso hacia él.

—Por favor, debes saber que puedes confiar en mí. ¿Me dejarás que te ayude, Andre?

—¡Maldita sea, deja de llamarme de ese modo!

Ante su bramido, un árbol que estaba justo a la derecha de ella prendió en llamas. Claire lanzó una mirada nerviosa al fuego que de repente subía por el tronco del alto pino. El calor del gran incendio se expandía hacia ella, azotando su cara como si estuviera dentro de un horno.

¿Era aquello algún tipo de advertencia o amenaza?

¿Podía ejercer algún control sobre esa parte de su naturaleza?

No estaba segura de que pudiera. Claire se apartó unos centímetros de las llamas, manteniendo los ojos fijos en Andreas, que la siguió con una mirada penetrante y abrasadora. Ella buscó en esos ojos algún signo de razón, algún pequeño atisbo de cordura, pero todo lo que vio fue ira. Y dolor. Dios santo, cuánto dolor había ahora en esos ojos.

—Dime dónde está, Claire.

Ella negó débilmente con la cabeza.

—No lo sé.

—Dímelo.

Ella negó con la cabeza de nuevo mientras sus pies la apartaban algunos pasos de aquella criatura que en otro tiempo había

sido su amigo... su amante. En otro tiempo había creído que Andreas Reichen lo era todo para ella. Ahora estaba segura de que él buscaba su muerte. La muerte de ella y de Wilhelm Roth.

—Llevo mucho tiempo sin ver a Wilhelm. Él no me mantiene informada de sus asuntos ni de sus viajes. Pero no está aquí, y no sé dónde está. Esa es la verdad, Andre.

Él dejó escapar otro rugido al oír la pronunciación de su nombre. Cerca, otro árbol se prendió en llamas como una bengala. Luego otro, y otro. El calor estallaba a cada lado de ella, el fuego se alzaba hacia el cielo nocturno. Claire no pudo contener un grito. Y no pudo refrenar el instinto de supervivencia que puso sus piernas en movimiento cuando el bosque a su alrededor se encendió en llamas.

Corrió en la única dirección que pudo, lejos de Andreas. Había perdido todo sentido de la orientación por el terror que la invadía, y no es que esperara escapar. Corrió, a la espera de sentir las quemaduras de aquel fuego infernal, segura de que Andreas no le permitiría salir con vida.

Pero siguió corriendo.

Estaba sin aliento cuando llegó al límite del bosque. Sin aliento y temblorosa, y sus pies tropezaron en la hierba y el áspero terreno. Levantó la cabeza y casi estalló en un llanto de alivio al divisar la mansión. Detrás de ella, oscuridad y el brillo de llamas en la distancia. Una sacudida de adrenalina se alzó como una oleada en su corriente sanguínea, y Claire corrió a través del campo abierto hacia la puerta principal de la finca que era como una fortaleza.

No estaba cerrada, había quedado abierta por la precipitación de los guardias al abandonar el lugar. Claire entró como una flecha y cerró la puerta tras ella, usando todos los cerrojos y pestillos. Corrió hacia la planta de arriba, cogió un teléfono inalámbrico por el camino y subió las escaleras volando hasta el tercer piso, rezando para que el refugio que acababa de encontrar no se convirtiera en su tumba. Cuando había marcado la mitad del número del secretario de Wilhelm se dio cuenta de que el teléfono no daba tono. No funcionaba, no había más que un sonido de interferencias en la línea.

—¡Maldita sea!

Claire lanzó el teléfono hacia abajo y se dirigió a las gran-

des ventanas con postigos de la pared lejana. Tenía un presentimiento acerca de lo que iba a ver al otro lado del cristal, pero aun así se le cortó la respiración cuando abrió los postigos y miró detenidamente el extenso terreno de la finca.

Un humo negro se acercaba por el largo camino y desde el interior del bosque. El fuego naranja se alzaba por encima de las copas de los árboles, con llamas que lamían el cielo estrellado. Y en el centro del bosque, había una luz más brillante, vibrando con calor blanco, de una intensidad cegadora.

Andreas. Él era la fuente de esa luz fantasmal.

¿Vendría ahora a por ella? Si lo hacía, Claire no tendría ningún lugar donde escapar.

Pero la luz que emitía su cuerpo no se movió. Y Claire tampoco lo hizo. Sus pies estaban clavados en el suelo junto a la ventana mientras observaba esa pulsación sobrenatural, incapaz de apartar la vista.

Se quedó observando durante horas, hasta que el fuego de la carretera y del bosque comenzó a amainar.

Observó hasta que la noche fue dando paso al amanecer y el brillo de la furia de Andreas continuaba ardiendo.